

## CAPÍTULO X.

## COMIENZA LA HOJA DE SERVICIOS DE DON JACOBO.

**A** Don Jacobo no le faltaron el primer día ni voluntad ni piernas; pero al tordillito le faltó solo morirse, porque al rendir la jornada, hubiera exclamado de buena gana:

Ni Cristo pasó de la cruz..... etc.

El gefe recibió el parte de *la baja* y ordenó la requisición de caballos.

Cinco minutos despues se pusieron á temblar todos los dueños de caballos de la poblacion, y á los cinco minutos



mas, la nacion tenia á su servicio otros diez caballos con que salvar á la patria.

Don Jacobo tuvo en que elegir.

Eligió un prieto, de alzada, bueno para la carrera, lo cual era una condicion inestimable.

Al echarle la silla, Don Jacobo pensó:

—Este caballo es de otro; pero la nacion me lo ha dado.

—¡Que buen caballo tiene, amigo! le dijo uno de sus co-héroes.

—No es mio, amigo, contestó Don Jacobo.

—Pues, ¿de quién es?

—De la nacion.

—Eso es..... de la nacion, pero su dueño está que chilla, y oiga, amigo, cuídese de él, es malo y no le ha de perdonar á usted que monte su prieto.

—¿Y yo qué?

—Nada; que siempre es buena la precaucion, y que no venga solo por aquí nunca.

La palabra *nacion* estaba siendo insuficiente para quitarle su valor á la palabra *robo*.

Don Jacobo, y debemos decirlo en obsequio de su conciencia, hubiera devuelto el caballo por tal de no tener aquella carcoma.

—¿Quién es el dueño?

—El del ranchito de.....

—¿Y es buen hombre?

—Mírelo.

Don Jacobo volvió la cara y encontró unos ojos que le veian, pero aquellos ojos eran dos ojos de tigre.

Don Jacobo probó la primera desazon de la carrera gloriosa de las armas; bajó los ojos ante aquella mirada provocativa, insolente, y siguió arreglando la silla.

El caballo al ver á su amo alargó el cuello como para reconocerlo y luego levantó la cabeza y se sacudió en señal de satisfaccion.

Don Jacobo se inquietó al ver aquel movimiento.

El mismo animal hubiera querido irse con su antiguo amo.

El amo entendió esto y se quedó viendo su caballo con la ternura con que hubiera podido ver á su querida, y luego al ver el movimiento de alarma de Don Jacobo, estudió una de esas frases embozadas y malévolas, peculiares de nuestro pueblo, y dijo á Don Jacobo con profunda intencion:

—Es manso..... amo.

Don Jacobo no supo que contestar.

—Oiga, amo..... añadió el dueño del caballo, acercándose á Don Jacobo. Va usted bien en el animal..... es muy noble, y..... de veras bueno.....

Al decir aquel hombre esto, se limpió una lágrima con el dorso de la mano, y en seguida experimentando la transicion de la ternura á la ira, le tomó la mano á Don Jacobo y le fijó otra vez su mirada de tigre.

—Oiga, amo.....



—Vámonos, compadre, dijo un hombre que se había acercado, viendo que allí se preparaba una escena seria.

—No, compadre, dijo el dueño del caballo, no tenga usted cuidado, le voy no mas á decir al patroncito que me lo cuide..... nada mas.

—Bueno, dígaselo usted y vámonos.

El dueño del caballo se acercó lo mas que pudo á Don Jacobo, y con la cara á una pulgada de la de su interlocutor, exclamó:

—Oiga..... patron..... cuídese de Gualupe Martinez porque no le vaya á quitar el caballo.

—¿Quién es Guadalupe Martinez, preguntó Don Jacobo.

—Yo soy..... para servir á usted, dijo el dueño del caballo, quitándose el sombrero y dejando ver en la frente la honda cicatriz de un machetazo.

Don Jacobo tembló.

—Vámonos, compadre, repitió el tercer personaje del grupo.

—No interrumpa la contesta, compadre, yo y el patron estamos tratando; *¿verdá, amo?*

—Montel le gritó á Don Jacobo su compañero.

Don Jacobo tomó el estribo y el caballo dió una salida, insistió el ginete por varias ocasiones y ya temia quedarse á pié; se oyó un toque de clarin, y Don Jacobo mas apurado brincó como pudo al lomo del prieto, el que, parándose sobre las patas se lanzó de un salto, en el que

Don Jacobo estuvo á punto de volar si el mismo caballo no hubiese compuesto sus movimientos.

Una horrible blasfemia se escapó de la boca de Gualupe, quien se quedó parado hasta ver desaparecer su caballo.

Escusado parece decir qué camino tomaron Gualupe y su compañero. Estaba apesadumbrado, luego debia beber pulque.

Esta lógica era tan natural en aquellos dos hombres, que sin ponerse de acuerdo se dirijieron á la pulquería.

—¿Dos grandes, Don Marcelino? preguntó el jicarero al compañero de Gualupe.

—Vaya echando, amigo.

El pulquero sirvió en dos vasos cuatro cuartillos de líquido.

Gualupe apuró su vaso hasta la mitad y se limpió la boca con la manga.

Marcelino hizo otro tanto, y ofreció cigarros en la copa de su sombrero.

Gualupe mordió un cigarro, escupió la punta y lo encendió en un cerillo que le ofreció el pulquero: arrojó humo por boca y nariz, y dió una palmada sobre el mostrador; iba á hablar, pero Marcelino levantó el vaso y le dijo:

—Ande, Don Gualupe.

Tenia tanta fé Marcelino en que el pulque es bueno para las pesadumbres, que le daba pulque á su amigo



con la tierna solicitud con que se le dá una tisana al enfermo grave.

Gualupe iba estando capaz.

En cada trago de pulque encontraba una compensacion, como si se bebiera su propio caballo.

Gualupe despues de sentirse capaz, empezó á sentirse valiente. Empezó á ver pequeña la guerrilla que á la sazón estaba oprimiendo al pueblo, y la fisonomía de Don Jacobo se le aparecia en cada tina de pulque.

—¿Cómo se llama el que se lleva mi prieto?

—Dicen que Don Jacobo.

—¿Don Jacobo qué?

—Pues creo que Baca.

—¡Ay qué vaca, amo! gritó Gualupe haciéndose arco y echándose hácia atras su gran sombrero.

En seguida se desató en denuestos é improprios contra Don Jacobo, luego contra el gefe de la guerrilla, y por último contra el partido liberal.

—Marcelino, yo no pierdo mi caballo, voy á recogerlo.

—No, Don Gualupe, no es prudente: déjelos, que ya vendrán un día.

—Lo que yo quiero es mi caballo.

A estas voces habian acudido ya tres ó cuatro vecinos, á quienes Marcelino y Gualupe dieron de beber, y como la guerrilla acababa de abandonar la poblacion, todos los que bebian pulque podian entregarse libremente á estas expansiones.

Algunos dias despues pudieron coligarse hasta ocho

víctimas adoloridas; y montadas por su cuenta, y con el loable fin de matar á Don Jacobo Baca, se constituyeron defensores de la patria, bajo el título de reaccionarios. Guadalupe Martinez estaba provisto de un despacho provisional de coronel de auxiliares del ejército, y ya podia, por lo mismo, emplear todos los medios *legales* de la revolucion para quitarle á Don Jacobo su caballo y la vida.

Don Jacobo por su parte, empezó á creerse mas héroe de lo que él mismo se esperaba, porque sobre aquel caballo prieto se sentia capaz de muchas cosas.

Aquel dia y los dos siguientes habian sido dias de peripecias militares; habia sido necesario huir de los puntos en donde habia enemigo; la guerrilla se habia remontado, y faltos de víveres y sin tocar poblacion alguna, aquellos valientes empezaron á sentir la desesperacion de la hambre.

Don Jacobo se entregaba á serias cavilaciones en cuanto á lo de que "en la revolucion cuando no se tiene se toma," hasta que en una tarde de rayos, aguaceros y hambre, hubo de llegar aquella fuerza á un pequeño rancho situado en despoblado y á la falda de un monte.

Casi á la sombra de tres corpulentas encinas se levantaba una pequeña casa con portal de tres arcos, bajo el cual estaban la entrada á un patio y otras dos puertas de lo que en un tiempo pudo haber sido tienda.

Cuatro piezas interiores, una troje y un corral, formaban el resto de la construccion: en aquella tranquila casa vivian un hombre de mas de sesenta años, padre de



dos muchachas de diez y seis y diez y ocho, y de dos jóvenes de veinte á veinticinco.

Aquella familia, apartada del ruido del mundo, se mantenía con el producto de la siembra y de la cria de ganado en pequeña escala: reinaba en la casa la dulce tranquilidad de los tiempos patriarcales: María y Rosario, que así se llamaban las dos muchachas, estaban dedicadas á todas las ocupaciones domésticas, y los dos jóvenes á todas las labores del campo: el viejo descansaba á la sombra de las encinas á la hora de la siesta, y con una constancia ejemplar y una dedicacion que constituía su manera de vivir, lo veía, lo revisaba todo, sin olvidar ninguno de los detalles, no solo en el interior de la casa, sino en las labores.

Hacia tres horas que el buen viejo habia dicho á sus hijas:

—Rosario, si no quitas el *tasajo* del patio se te moja: vá á llover.

El cielo estaba azul; pero el viejo conocia su cielo, y las muchachas conocian á su padre.

—Ensilla, Pepe, y no te duermas, continuó, y llévate dos peones para abrir los portillos.

—¿Lloverá? se atrevió á preguntarle su hijo.

—Quita allá, holgazan, ¿no lo estás viendo?

—El tiempo está sereno.

—Por lo mismo lo digo. Y que vaya tu hermano: ¿no ha vuelto?

—No tarda, fué por la punta.

Aludia al ganado.

—¡Corre, hijo, corre!

María y Rosario acabaron de levantar la carne puesta á secar, y para ellas era tan autorizada la voz del viejo, que colocaron un barril y una olla grande en el patio para recibir la agua que habian de arrojar las canales, y cuidaron escrupulosamente de no dejar nada á la intemperie, como si efectivamente estuvieran viendo venir las nubes.

Por medio de esa sensibilidad auditiva, tan peculiar de las gentes del campo, notaron en la voz de su padre un acento de emocion poco comun, y movidas por igual resorte se acercaron á él.

María, la mas jóven de las dos hermanas, notó que á su padre le temblaba un poco la barba: no se atrevia á preguntarle la causa de su emocion, y empezaba á contemplarlo con angustia:

Rosario, mas intrépida, preguntó:

—Padre, ¿será fuerte el aguacero?

—Y la tempestad, hijas, y la tempestad.....

—Pero yo tengo una vela de Nuestro Amo y otra de la Candelaria, dijo gozosa María, con la conviccion de la fé y de la pureza de su alma.

—Tendrás que encenderlas, le contestó el viejo con tristeza, y fijó su mirada acostumbrada á lo léjos en un punto del horizonte.

Sus hijas seguian los movimientos del viejo, y María preguntó:

—¿Por allí viene la tempestad?